

Introducción

Partidos políticos en América Latina: en busca de su fortalecimiento

José Thompson y Fernando F. Sánchez C.

Los años 80 en América Latina se conocen, despectivamente, como la “década perdida”. Esto a causa de una recesión económica en todo el continente, cuyas proporciones no se habían visto desde los años 30. No obstante, desde una perspectiva política, la década de los 80 fue todo menos “perdida”. Fue en el transcurso de esa década cuando en la mayoría de los países latinoamericanos el predominio de los regímenes autoritarios propio de los años 60 y 70 cedió su lugar a los procesos de democratización. Uno tras otro, varios países celebraron el surgimiento de gobiernos constitucionales, la organización de partidos políticos competitivos y la supremacía civil sobre las fuerzas militares. Las transformaciones democráticas en la región fueron reforzadas con el triunfo del Partido Acción Nacional (PAN) en las elecciones del 2000 en México, acabando así con el dominio de siete décadas del Partido Revolucionario Institucional (PRI). De esta forma, con la excepción de Cuba, las últimas dos décadas han presenciado la acogida de la democracia representativa en América Latina.

Los años 80 –y principios de los 90– fueron especialmente importantes en América Central. La revolución y contra-revolución en Nicaragua fue muy quebrantadora, pero las elecciones de 1990

Fortalecimiento de los partidos políticos en América Latina

introdujeron (de una manera imprevista por los Sandinistas) un perfil más pluralista en el proceso de transición democrática en ese país. De la misma forma, las insurrecciones en El Salvador y Guatemala tuvieron un gran costo político y económico. Sin embargo, en estas luchas no todo fue pérdida, pues las mismas incluyeron una estrategia política conocida como “la oferta de la democracia”. Iniciativas regionales como Contadora y el Plan de Paz Arias y los acuerdos de Esquipulas, y el apoyo –o la no obstaculización– de Estados Unidos, fueron clave para propiciar una transición democrática estable en estos países. Los conflictos armados llegaron a su fin cuando en 1992 en El Salvador y en 1996 en Guatemala, el gobierno y los guerrilleros “firmaron la paz”.

Los Estados Unidos jugó un papel directo para acabar con un régimen cuasidictatorial en Panamá, luego de que por medio de una invasión y con el importante concurso de un movimiento cívico interno, se puso fin a la dictadura militar de Manuel Noriega. Los conflictos bélicos en todos sus vecinos causaron muchos trastornos en Honduras. A pesar de ello, este país también se comprometió con un proceso democrático. Aunque amenazada por los problemas políticos en el Istmo, la estabilidad democrática en Costa Rica no se debilitó durante esta década. No obstante, su economía fue golpeada por la caída del comercio regional y la incertidumbre que esto ocasionó en el sector privado¹.

A pesar de los avances de la democracia y de contar con el sistema político más estable de América Latina –Costa Rica– la pobreza y la desigualdad social, así como la violencia, la corrupción y la debilidad institucional, siguen siendo retos aún no resueltos en los países del Istmo centroamericano. Estos problemas también están lejos de resolverse en su vecino del norte: México. En este país el inicio de un sistema político más inclusivo no ha conllevado –como era de prever– una solución inmediata a los añejos problemas sociales que aquejan a esta nación de Norteamérica. En lo referente al Caribe, las últimas dos décadas han sido testigo de un proceso de transición democrática notable en la República Dominicana. No

¹ Colburn y Sánchez (2001).

Institucionalización, democratización y transparencia

obstante, sus instituciones políticas aún no parecieran tener la fortaleza como para controlar los brotes de populismo y la dependencia en personalidades políticas fuertes, herencia del “paternalismo político” del régimen de Balaguer.

Así, la consolidación democrática en América Latina aún está lejos de ser un ejercicio acabado. Los casos de los países de la Región Andina son también ilustrativos. A pesar de su larga historia democrática, Colombia no ha logrado superar los problemas de la violencia y el narcotráfico. Con un Estado cada vez más debilitado y una sociedad dividida y atemorizada, la estabilidad política no está asegurada en ese país. En Bolivia la pobreza y la desigualdad social dejaron de ser los problemas principales para el sistema político. Hoy a estos dos fenómenos se une una creciente inestabilidad política y el reto de incorporar cuanto antes a grupos étnicos que exigen ser eficientemente representados, luego de años de exclusión. Las “presidencias fugaces” parecen seguir siendo la norma en el Ecuador. La pobreza, la beligerancia de distintos grupos y organizaciones sociales, y la debilidad institucional del sistema político no le permiten a esta nación alcanzar la estabilidad política necesaria para consolidar el proceso de transición democrática.

Luego de que sus instituciones democráticas sufrieran sobremedida a manos del personalismo y la corrupción, Perú comienza a reordenar su sistema político. Sin embargo, hacerlo toma tiempo y urge de paciencia, algo no muy común en una sociedad que pareciera todavía no estar “vacunada” contra el caudillismo. Esta “enfermedad” se ha manifestado abiertamente en Venezuela donde la “partidocracia” fue sustituida por un nuevo experimento populista. En virtud de este, la que fuera una de las democracias más fuertes de América Latina se encuentra hoy en crisis y socialmente dividida. El éxito de las reformas económicas y de una transición democrática negociada e integradora, le ha deparado a Chile una de las democracias más estables de la región. No obstante, la rigidez que han probado tener los “enclaves autoritarios” heredados del régimen militar de Augusto Pinochet y las dificultades que se han tenido para esclarecer los crímenes de guerra, demuestran que la democracia aún tiene importantes retos por delante en este país.

Fortalecimiento de los partidos políticos en América Latina

Finalmente, en el Cono Sur la democracia también enfrenta grandes desafíos. Dos gobiernos responsables de centro-izquierda en Brasil han logrado controlar la corrupción y estabilizar la economía sin generar fuertes reacciones sociales. Sin embargo, el proceso democrático en este mega-país estará lejos de ser un ejercicio completo en el tanto no logre controlarse la pobreza y, sobre todo, la desigualdad social. Luego de enfrentar una de las peores crisis económicas y políticas de su historia, la situación en Argentina pareciera estabilizarse. No obstante, la corrupción, el personalismo y la desconfianza popular en sus instituciones políticas, son problemas aún latentes en esta nación. Desconfianza y corrupción son precisamente los principales retos que enfrenta el sistema político paraguayo; país donde la transición democrática aún debe superar fuertes resabios del militarismo autoritario. Finalmente, Uruguay se presenta como uno de los países de la región con más sólidas instituciones y valores democráticos. Sin embargo, esto no le exime de retos. El cansancio popular con los partidos históricos y una creciente sensación de “inmovilismo”, ha motivado cambios en el poder político de este país, y una creciente necesidad de adaptación de un anquilosado sistema político.

Los procesos de transición democrática en los países de América Latina dejan claro que si bien adoptar la democracia como forma de gobierno es el primer paso, esto no es suficiente. Una de las tareas centrales que han tenido que enfrentar las incipientes democracias de la región casi de inmediato es lograr el buen funcionamiento y la consolidación de sus nuevos sistemas políticos. Esto no es sencillo. El establecimiento y la consolidación de la democracia son tareas complejas que no dependen únicamente de una constitución o de una serie de elecciones competitivas, programadas y realizadas con regularidad. Más bien, el buen accionar de este sistema depende de un conjunto de interrelaciones complejas entre una multitud de instituciones públicas y privadas, así como de una cultura democrática que guíe el funcionamiento del Estado, dirija la conducta de cada uno de los actores políticos y permee al resto de la sociedad². De

² Sánchez (2003).

Institucionalización, democratización y transparencia

esto depende en mucho el que se logren consolidar los procesos de transición a la democracia en América Latina.

En este proceso y dadas sus funciones como vínculo natural entre los ciudadanos y el Estado, los partidos políticos juegan un papel esencial en la adopción, desarrollo y consolidación de una democracia. Es sobre la funcionalidad de los partidos que se construye un sistema político democrático. Parafraseando a Schattschneider, desarrollar una democracia sin partidos es impensable³. El evidente descontento popular con la forma en que está funcionando la democracia en América Latina⁴, hace aún más relevante y urgente el contar con partidos políticos fuertes y funcionales, que permitan salvaguardar el avance de la democracia en la región.

Pero lo cierto es que las distintas mediciones de opinión en América Latina arrojan de manera casi idéntica en las diferentes regiones un alto grado de desconfianza en los partidos políticos, que los coloca en los últimos lugares de la credibilidad ciudadana. Este hecho, extendido y persistente, es sin duda una de las notas más inquietantes en la democracia latinoamericana. Y ello explica en buena medida la convocatoria de esfuerzos que ha logrado la estrategia para el fortalecimiento de los partidos políticos, auspiciada por el Centro de Asesoría y Promoción Electoral (CAPEL) en la que se inscriben los presentes trabajos.

Cuestionarse acerca de la “crisis” que atraviesan los partidos políticos es, sin duda útil y pertinente, pero para avanzar consistentemente en la ruta de su fortalecimiento es precisa la reflexión en torno a los campos de acción que pueden componer un abanico de acciones a más largo plazo.

³ Schattschneider (1942).

⁴ De acuerdo al Latinobarómetro, en el 2004 menos del 30% de los latinoamericanos indicó estar satisfecho con el funcionamiento de la democracia en sus países. Latinobarómetro (2004). La evaluación de la democracia en términos económicos y sociales, pareciera ser lo que está ocasionando la insatisfacción de los latinoamericanos con su forma de gobierno. Para más detalles sobre este punto ver, Sánchez (2003).

Fortalecimiento de los partidos políticos en América Latina

La tríada que le ha dado contenido a los debates académicos que motivan las reflexiones agrupadas en esta publicación ha sido originada por la preocupación de alimentar esquemas más representativos, más diversos –más democráticos– y también más transparentes –en el manejo de los recursos financieros tanto como en la toma de decisiones– sin por ello atentar contra la unidad, cohesión y solidez de los partidos políticos.

Por ello, hablar de institucionalización, democratización y transparencia se ha constituido en el contenido esencial de la estrategia hacia el fortalecimiento de los partidos políticos. Institucionalización ha servido como el concepto que hace a la estructura, funcionamiento y procedimientos que informan la vida de los partidos y les permiten adoptar decisiones que se traducen en líneas políticas y de acción, precisamente el referente para esa cohesión, unidad y solidez que debe mantenerse como ingrediente esencial para el fortalecimiento de los partidos políticos.

Pero no se trata de propiciar simplemente el fortalecimiento de cualquier partido sin importar sus valores o motivaciones. Se ha buscado expresamente responder al clamor de muchos grupos, dentro y fuera de los partidos, porque estos respondan a criterios de democracia y transparencia que los acerquen a las aspiraciones sociales en esta etapa histórica.

Democratización refiere a la calidad del partido que le permite establecer y seguir procesos de selección de autoridades y candidatos con amplia participación de los miembros de la agrupación y de una manera que le acerque a representar la diversidad de las sociedades en las que se enmarcan.

Transparencia, por su parte, tiene que ver con la existencia y puesta en práctica de procedimientos y garantías que aseguren la probidad en el manejo de los recursos y la visibilidad en el proceso de toma de decisiones, sentando las bases de una cultura de rendición de cuentas, inspiradora de una relación más intensa entre la ciudadanía y la vida interna de los partidos.

Institucionalización, democratización y transparencia

Cada una de estas tres grandes facetas se descompone en elementos que les dan sentido y que permiten vislumbrar un ancho campo de acción para contribuir al fortalecimiento de los partidos políticos, pero no están exentas de contradicciones y dilemas que no pueden soslayarse en el debate académico y tampoco en un cuadro de acciones que efectivamente promueva el fortalecimiento de los partidos políticos.

Por ello, los materiales que se exponen a continuación, producto de la investigación y la reflexión en torno a estas tres facetas no son solamente una contribución más a la doctrina todavía incompleta sobre los partidos políticos y su vida, sino también una herramienta para avanzar en el desarrollo de acciones eficaces para que las agrupaciones políticas asuman los retos de la modernización y la apertura sin por ello postergar su misión esencial, de ser plataformas que dan contenido y sentido a la contienda electoral, motor de la democracia representativa como la conocemos.

Bibliografía

Colburn, Forrest D., y Fernando F. Sánchez. *Individuos versus instituciones en las democracias centroamericanas*. Costa Rica, EDUCA, 2001.

Latinobarómetro. varios años. “Informes de prensa”, <http://www.latinobarometro.org/>.

Sánchez, Fernando F. “Democracia en América Latina: el peligro de la impaciencia”. En *Revista INCAE* XIII(1). 2003, pp. 56-58.

Schattschneider, E. E. *Party Government*. New York, Farrar and Rinehart, 1942.